tiempo se vestian los discursos y oraciones. Busquémos en éllos el verdadero sentido de la escritura, las pruebas sólidas de los dogmas, y las reglas seguras de la disciplina y de las costumbres: el método de convertir á los infieles y impugnar á los hereges, el arte de gobernar las almas, las vias interiores y la verdadera piedad. Y todo esto no para discurrir sobre éllo sino para reducirlo á práctica

Estudiémos principalmente su prudencia y discrecion para acomodarnos al estado presente de las cosas, y no hacer odiosas sus santas máxîmas sacándolas de su quicio ó aplicándolas fuera de sazon. Evitémos la impaciencia y precipitacion. Para restablecer bien la antigüedad era menester ponerla en práctica toda élla: una parte sin la otra no tendrá proporcion con el resto, y parecerá dislocada. Apliquémonos al principio á lo mas esencial; esto es, á reformarnos á nosotros mismos mediante una grande y fervorosa oracion, y arreglar nuestro interior y las costumbres. Despues comuniquemos á los ótros las verdades que Dios nos haya hecho conocer, sin disputas, sin acrimónia y sin reprensiones. Practiquémos los primeros lo que

creemos que es mejor y depende de nosotros. Orémos con frecuencia y con fervor, esperando con paciencia que Dios adelantará su obra cuando sea su santa volundad. Estos son los mejores medios de hacer que sea útil el conocimiento de la historia Eclesiástica.

DISCURSO III.

Sobre la irrupcion de los Bárbaros, decadencia de las ciencias, de la disciplina y de las costumbres desde el siglo sexto hasta el onceno.

Pasaron ya los felices dias de la Iglesia; pero Dios no ha desatendido su pueblo, ni olvidado sus promesas. Mirémos con temor las tentaciones que ha permitido padezca su Iglesia durante los cinco siglos que siguieron á los seis primeros; y considerémos con accion de gracias los medios que ha empleado para sostenerla. Estos

objetos son dignos de nuestra atencion.

I. Inundacion de los bárbaros.

Roma idólatra, manchada con tantos crímenes, y embriagada con la sangre de tantos mártires, debia ser castigada, y caer la venganza divina sobre élla á vista de todas las naciones. San Juan inspirado de Jesucristo habia pintado en su Apocalipsis con imágenes espantosas la ruina de esta nueva Babilonia. (a) Siguió la ejecucion á su tiempo, dejando de ser esta ciudad la capital del Imperio desde que Constantino trasladó la Silla á Bizanzo, y cuando aquel se dividió, los Emperadores de Occidente residieron en Ravena, Milan y otras partes; por cuya razon perdió poco á poco su esplendor, sus riquezas y poblacion. Ya hemos visto la triste pintura que hace de élla san Gregorio. (b) Fue tomada y saqueada muchas veces por los bárbaros, que destruyeron y abrasaron todo el Imperio de Occidente, cuya irrupcion cuento por la primera tentacion exterior de la Iglesia despues de las persecuciones de los Emperadores paganos.

Estos bárbaros en el principio

(a) Apocal. 17. 18.
(b) Hom. 18. in Ezech.

de sus conquistas lo llenaban todo de sangre y horror, quemaban las ciudades enteras, degollaban los habitantes, ó los llevaban por esclavos, extendiendo por todas partes el terror y la desolacion. Las persecuciones mas crueles debajo del Imperio Romano no eran ni contínuas ni universales; pues siempre quedaba algun pueblo de paganos de la misma lengua y nacion de los cristianos, á los cuales oian hablar de su religion, y poco á poco se convertian. Pero ¿qué se haria donde no quedaban hombres, ni iglesias, ni cómo se convertirian unos salvages acostumbrados á derramar la sangre, siempre armados, y cuya lengua no se entendia?

Fuera de que estos bárbaros que arruinaron el Imperio Romano, eran ó paganos, ó hereges: de suerte, que aun despues de los primeros furores, cuando ya estaban bastantemente domesticados con los romanos para entenderse recíprocamente y hablarse á sangre fria, éstos les eran siempre odiosos por la diversidad de religion, como se vió en la cruel persecucion, que hicieron los vándalos en Africa.

Es verdad que se convirtieron á

¿cómo se podrá hallar la ciencia perfecta de las escrituras entre gentes que viven en medio de naciones barbaras, y que necesitan trabajar corporal y diariamente para su subsistencia? solamente conservamos con sencillez del corazon la fe que nos dejaron nuestros padres.

En los siglos siguientes los hombres mas ilustrados como Beda, Alcuino, Hincmaro, y Gerberto, se resienten de la desgracia de su tiempo: pues queriendo abrazar todas las ciencias, en ninguna profundizaban ni la sabian exâctamente. Lo que mas les faltaba era la crítica para discernir las piezas falsas de las verdaderas; pues desde entonces hubo muchos escritos fabricados debajo de nombres ilustres, no solo por hereges sino por católicos y aun con buena intencion. Ya he notado que Virgilio de Tapa confiesa de sí, haber usurpado el nombre de san Atanasio para hacerse escuchar de los vándalos arrianos. Así cuando no habia actas de un martir para leer en el dia de su fiesta, se componian las mas verosímiles, ó las mas maravillosas que se podia; y de este modo se creia conservar la piedad de los pueblos. Estas falsas leyendas fueron principalmente fabricadas con occasion de las translaciones de reliquias tan frecuentes en el siglo nueve

Se substituian títulos falsos en lugar de los verdaderos que se habian perdido, ó se forjaban de nuevo como la famosa donacion de Constantino, de la cual no se dudaba en Francia en el siglo nono. Pero de todas estas piezas falsas, las mas perniciosas fueron las decretales atribuidas á los papas de los cuatro primeros siglos, que han hecho una llaga incurable en la disciplina de la Iglesia con las máxîmas nuevas que han introducido tocante á los juicios de los obispos y autoridad del Papa. Hincmaro aunque era un canonista muy habil no pudo jamas demostrar esta falsedad: bien sabia que estas decretales fueron incógnitas los siglos precedentes y él es el que nos descubrió el tiempo de su publicacion, pero por defecto de crítica no vió las pruebas de su suposicion aunque tan palpables, y las alega cuando hacen á su favor.

Otro efecto de la ignorancia es hacer á los hombres crédulos y supersticiosos por no tener principios ciertos para su creencia ni un exâcto conocimiento de las obligaciones de la religion. Dios es Todo-poderoso y los santos tienen un gran crédito cerca de él:

Estas son verdades que ningun católico niega, luego yo debo creer todos los milagros que han sido atribuidos á la intercesion de los santos. La consecuencia no es buena. Es preciso exâminar las pruebas, y con tanta mayor exâctitud cuanto estos hechos son mas increibles é importantes, pues, segun san Pablo (a), asegurar un falso milagro no es nada menos que producir un falso testimonio contra Dios, como nota muy juiciosamente san Pedro Damiano. (b) Así lejos de que la piedad nos obligue á creerlos ligeramente, al contrario quiere que los exâminémos con rigor. Lo mismo se dice de las revelaciones, apariciones de espíritus, y operaciones del demonio, ya sea por el ministerio de las brujas, ó de otra forma; en una palabra, todos los hechos sobrenaturales, debiendo ser muy reservados en creerlos todos los que tengan buen entendimiento y religion.

Por esta razon he referido muy pocos milagros de los infinitos que cuentan los Autores de estos siglos menos ilustrados. Me ha parecido que entre

(a) Petr. Dam. vit. S. Domin. Loc. n. 1.
(b) 1. Cor. XV. 15.

éllos el gustò de lo maravilloso era mayor que el de lo verdadero y aún sospecho, que en algunos acasos influian motivos de interes, ó por atraer ofrendas con la opinion de curaciones milagrosas, ó por conservar los bienes de las iglesias con el miedo de los castigos divinos; pues este objeto parece que tienen la mayor parte de los milagros referidos en las crónicas de san Martin, san Benito y otros santos famosos, como si los que son santos por haber despreciado las riquezas de la tierra, se hubiesen hecho interesados en el cielo y empleasen su crédito con Dios para vengarse de los que saqueâban los tesoros de sus iglesias.

III. Amenazas y promesas temporales.

Bien veo que el principal motivo de proclamar estos pretendidos milagros era querer retener á lo menos con el miedo de las penas temporales, á los que movian poco las eternas; pero no se advertia que esto era introducir un error peligroso, arguyendo sobre este falso principio: que Dios castiga ordinariamente los pecadores en esta vida. Era volver los cristianos al estado del antiguo Testamento, en el cual las promesas y amenazas fueron temporales. Era exponer al menosprecio la autoridad

de la Religion, con la cual se pretendian apoyar estas amenazas; pues se veian todos los dias desmentidas por la experiencia, quedando impunes los usurpadores de los bienes de las iglesias, gozando de salud, y viviendo con mucha prosperidad.

Así no era esta la doctrina de la antigüedad ilustrada, y san Agustin ha probado sólidamente lo contrario. La divina Providencia, dice, ha querido preparar en lo por venir bienes para los justos, de los cuales no gozarán los injustos; y para los impíos, males, con los cuales los buenos no serán atormentados. Pero en cuanto á estos bienes y males temporales ha querido que fuesen comunes á únos y ótros á fin que no se deseen con mucho ardor bienes que se ven tambien entre las manos de los pecadores; y que nada se haga de torpe por evitar males que los mismos buenos frecuentemente sufren. (a) Y en otra parte, dice, que si todo pecado fuese al presente castigado con una pena manifiesta, se creeria que nada se reservaba para el último juicio; y si Dios no castigase en esta vida algun pecado de un modo claro y evidente se creeria que no

(a) Lib. 1. de Civit. dei cap. 8. 9.

habia providencia. Lo mismo debe decirse de los bienes temporales; si Dios no los diese á ninguno de los que los piden, pareceria que estos bienes no dependian de él; y si los diese á todos los que los piden, creeríamos no deberle servir sino por estas recompensas, y en vez de ser pios, seríamos avaros.

Muestra despues que los mas justos no dejan de cometer pecados por los cuales merecen penas temporales, y que hay otra razon para hacerlos padecer en esta vida como á Job, la cual es, para que conozcan el fondo de sus corazones, y sepan por experiencia si aman á Dios con una piedad sincéra y desinteresada. (a) Enseña tambien que Dios recompensa en esta vida las virtudes puramente humanas como las de los antiguos romanos; porque no las reserva otra alguna recompensa. En fin, añade: Aprendamos por ahora á sufrir con paciencia los males que sufren los buenos; y á no estimar mucho los bienes que consiguen aun los malos. (b) Así Dios nos da una instruccion saludable ocultándonos su justicia; pues no sabemos por qué jui-

(a) Lib. 5. cap. 13.
(b) 20. Civit. c. 2.

cio de Dios algunas veces el hombre de bien es pobre, y el malo rico; porque el inocente es condenado y el delincuente absuelto; que si este desórden aparente fuera siempre constante en esta vida, se podria hallar por él alguna razon de justicia; pero sucede frecuentemente mal á los malos, y bien á los buenos, lo que hace los juicios de Dios mas impenetrables.

Parece estaba olvidada esta doctrina cuando los obispos, y aun los papas empleaban tan atrevidamente las promesas temporales para empeñar á los príncipes en su proteccion, como hizo entre otros el papa Esteban II. en la carta escrita á los franceses en nombre de san Pedro. (a) Estas promesas y amenazas pueden engañar algun tiempo á los ignorantes; pero cuando ven que no tienen efecto, como sucede frecuentemente, no sirven sino de escandalizarlos y debilitar su fe, haciéndoles dudar de la solidez de las promesas y amenazas respectivas á la otra vida. Sin embargo, esta inveterada preocupacion ha continuado hasta los últimos siglos; y yo no acabo de admirarme de que un hombre tan ins-

(a) Steph. ep. 5.

truido como el cardenal Baronio pondere con tantas veras los malos sucesos que han tenido los enemigos de la Iglesia particularmente de la santa Sede Romana, como otros tantos castigos divinos; y las felicidades de los príncipes piadosos como pruebas de que estos sostenian la buena causa. Mas la verdad de la historia le obliga frecuentemente á recurrir á lo inescrutable de los juicios de Dios para salvar las desgracias sucedidas á los mas celosos católicos sin advertir que una prueba que no es siempre concluyente, nunca lo es.

Volvamos á los efectos de la ignorancia y credulidad mal arreglada. Es preciso contar entre éllos la poca precaucion en recibir las reliquias, cuyo exâmen pide, como en los milagros, mucho juicio y precaucion. Es cierto en general que las reliqias de los santos merecen ser respetadas, cuya práctica se ha observado constantemente desde los primeros siglos de lá Iglesia, como se ve en las actas de los mártires mas auténticas, y en los escritos de los PP. especialmente de san Agustin hablando de las reliquias de san Esteban, y de los milagros que por su intercesion hacia Dios. Pero al mismo tiempo se

IV. Reliquias.

queja que en su tiempo se ostentaban falsas reliquias, que no es siempre fácil distinguirlas de las verdaderas. No hubiera tenido lugar el engaño, si se hubiese guardado siempre la sábia precaucion de no tocar los sepulcros de los santos, y dejar sus cuerpos enteros bien soterrados, como estan todavía en Roma los de los santos Apóstles; y ya hemos visto con qué constancia se resistió san Gregorio dar á la misma Emperatriz la cabeza de san Pablo. (a) Entonces se contentaban con enviar por reliquias, ó los lienzos que habian tocado los sepulcros de los santos ó los paños con que los habian cubierto, ó que habian estado en sus altares.

En Oriente fue donde se empezó á trasladar y dividir las reliquias, lo cual fue ocasion de las imposturas, porque para asegurarse de su veracidad hubiera sido necesario haberlas seguido exâctamente desde su orígen, y conocer todas las manos por donde habian pasado, lo que no era tan dificil en los principios; pero despues de muchos siglos fue mas fácil engañar no solo al pueblo, sino á los obis-

(a) 3. Epíst. 30.

pos menos avisados y atentos; y desde que se estableció la regla de no consagrar las iglesias y altares sin reliquias, la necesidad de tenerlas fue una grande tentacion para no exâminarlas con cuidado. El interes de atraer ofrendas y romerías que enriqueciesen las ciudades, fue en adelante otra tentacion mas grosera.

No pretendo con estas reflexîones generales hacer sospechosa alguna reliquia en particular: sé que hay muchas muy ciertas; á saber, las de los SS. patronos de cada pueblo que murieron en él, y despues han sido allí siempre honrados, como en París san Dionisio, san Marcelo y santa Genoveva; porque aunque hayan sido trasladadas en el tiempo de los normandos, nunca se han perdido de vista. Respecto de las otras dejo su exâmen á la prudencia de cada obispo, y digo solamente que este exâmen debe ser mas rigoroso con las que despues de haber estado escondidas muchos siglos, no parecieron sino en los tiempos de ignorancia: ó con las que se pretenda haber sido traidas de muy lejos, sin que se sepa cómo han venido, ni cómo se han conservado. Creo

no obstante, que Dios que conoce el fondo de los corazones, no deja de agradarse de la devocion de los pueblos, que no teniendo otra intencion que la de honrarle en sus santos, reverencian con buena fe las reliquias expuestas ha muchos siglos á la veneracion pública.

Es preciso pues distinguir entre lo que es de fe católica, conviene á saber, la utilidad de la intercesion de los santos y la veneracion de sus reliquias; y los abusos que en esto pueden introducirse por la ignorancia y las pasiones humanas: no solo engañándose en el hecho y honrando como reliquias las que no lo son; sino confiando demasiado en las verdaderas reliquias y mirándolas como medios infalibles de atraer sobre los particulares y ciudades enteras toda suerte de bendiciones temporales y espirituales. Cuando nosotros lográsemos conversar con los mismos santos, su presencia no nos sería mas ventajosa que la de Jesucristo. Pues este dice expresamente en el evangelio: Vosotros direis al Padre de familias: Hemos bebido y comido contigo y habeis enseñado en nuestras plazas. Y él os dirá: Yo no sé quién sois. (a) La utilidad, pues, de las reli-

(a) Luc. 13. 26.

quias consiste en hacernos acordar de los santos, y ejercitarnos en la imitacion de sus virtudes: de otra forma, la presencia de las reliquias, ni de los lugares santos no nos salvará, como no salvó á los judíos á quienes el Profeta reprendia, que confiaban en palabras de mentira diciendo: El templo del Señor, el templo del Señor, sin corregir sus costumbres (a)

V. Peregrinaciones.

A la veneracion de los lugares santos y reliquias, principalmente antes del uso de trasladarlas, se siguieron las peregrinaciones, las cuales eran mas fáciles mientras subsistió el Imperio Romano por la comunicacion contínua de las provincias; pero no dejaron de ser demasiado frecuentes en tiempo de la dominacion de los bárbaros despues que se establecieron los nuevos reynos. Creo tambien que las costumbres de estos pueblos contribuyeron á esto mucho, porque no ocupándose sino en la caza y guerra, estaban en un contínuo movimiento. Así las peregrinaciones vinieron á ser una devocion universal de los pueblos, reyes, clero, obispos y monges. Me atrevo á decir que esto era preferir un pequeño acce-

(a) Jerem. 7. 4.

sorio á lo esencial de la Religion cuando un obispo dejaba su diócesis seis años enteros por ir de la extremidad de la Francia ó Inglaterra á Roma ó á Jerusalen: cuando los abades ó monges salian de sus retiros: cuando las mugeres y aun religiosas se exponian á todos los peligros de estos viajes. Ya hemos visto en las quejas de san Bonifacio, (a) los accidentes deplorables que sucedian. Sin duda se perdia mas que se ganaba, y yo miro estas peregrinaciones indiscretas como una de las causas de la relajacion de la disciplina: esta queja se oia ya al principio del siglo IX. (b) Pero lo que se resintió mas fue la penitencia. Antes se encerraban los penitentes en las diaconias ú otros lugares cerca de la iglesia para vivir allí recogidos, y apartados de las ocasiones de recaer. Ya lo hemos visto en el Sacramentario atribuido á san Gelasio y en una carta del papa Gregorio III. pero despues del octavo siglo se introdujo todo lo contrario imponiendo por penitencia que los mayores pecadores se desterrasen de su pais, y pasasen

(a) Bonif. epist. 105.
(a) Conc. Cabil. 813. c. 40. Vide Morin. Pœnit. V. c. 15.

algun tiempo en llevar una vida errante á ejemplo de Cain. Vióse presto el abuso de esta penitencia vagabunda; y desde el tiempo de Carlo magno se prohibió que con este pretexto corriesen el mundo hombres espantosos, desnudos y cargados de cadenas. Mas continuó el uso de imponer por penitencia alguna peregrinacion famosa; y este fué el fundamento de las Cruzadas (a)

VI. Supersticiones.

El abuso en la veneracion de las reliquias degeneró en supersticion, y la ignorancia de la media edad introdujo las mas manifiestas ó groseras, como la divinacion nombrada suerte de los santos, de la cual Gregorio Turonense refiere tantos ejemplos, y con una seriedad que manifiesta haberles dado asenso, (b) las pruebas nombradas el juicio de Dios ya por el agua, ya por el fuego, ya por combate singular, que Abogardo condenaba tan fuertemente, pero que Hincmaro protegia, y que estuvieron en uso tan largo tiempo; como la astrología cuyas predicciones se creian principalmente los

(a) Greg. ep. 2. ad Leon. Morin. lib. 7. Capit. Aquisg. año 789. c. 77.
(a) Greg. 5.

efectos de eclipses y cometas. Estas supersticiones en el fondo eran restos del paganismo como otras mas manifiestamente criminales condenadas en los concilios del mismo tiempo. En general el mas dañoso efecto de los malos estudios es de creer saber lo que no se sabe. Esto es peor que la pura ignoracia, pues se añade á élla el error y frecuentemente la presuncion.

VII. Estado del Oriente.

Yo no he hablado hasta aquí sino del Occidente; pero la Iglesia oriental tuvo tambien sus tentaciones. El Imperio Griego no fue enteramente destruido sino reducido á límites muy estrechos, ya por las conquistas de los árabes musulmanes, y ya tambien por las de los diversos scithas, entre otros de los búlgaros y rusos. Estos dos últimos pueblos se hicieron cristianos, y su dominacion produjo casi los mismos efectos que la de los otros bárbaros septentrionales; pero los musulmanes pretendian convertir á los ótros, y tomaban por pretexto de sus conquistas el zelo de establecer su religion por toda la tierra. Toleraban á la verdad los cristianos sirviéndose para pervertirlos de todos los medios posibles excepto de la persecucion

abierta, siendo por esto mismo mas dañosos que los paganos. Por otra parte su religion tiene alguna cosa de especiosa. No predicaban sino la unidad de Dios, y el horror á la idolatría, y imitaban muchas prácticas del Cristianismo, la oracion á ciertas horas regladas, el ayuno de un mes, y las peregrinaciones. En fin, su indulgencia sobre la pluralidad de mugeres y concubinas atrae á los hombres sensuales. Emplearon entre ótros un artificio extremamente pernicioso al Cristianismo. La Siria estaba llena de nestorianos, y el Egipto de eutiquianos, únos y ótros enemigos de los Patriarcas de C. P. y de los Emperadores á quienes miraban como sus perseguidores. Los musulmanes se aprovecharon de esta division protegiendo á los hereges, y abatiendo á los católicos, que les eran sospechosos por su adhesion al emperador de C. P. de donde les vino el nombre de melquitas; esto es, en árabe reales ó imperiales, y por esta razon estas heregías tan antiguas subsisten todavía, y los cristianos de Oriente tienen obispos y patriarcas de estas diferentes sectas, melquitas, nestorianos y jacobitas que son los eutiquianos.

Por estos diversos medios los musulmanes sin exterminar absolutamente el Cristianismo disminuyeron extremamente el número de los verdaderos, y los redujeron á una grande ignorancia con la servidumbre, que les quitaba el valor y las comodidades para estudiar. La mudanza de lengua contribuyó mucho para esto. El árabe siendo la lengua de los principales de aquella Nacion vino á ser la de todo el Oriente, como lo es todavía: el griego no se conservó sino para la religion, y entre los melquitas solamente; porque los nestorianos hacian su oficio en siríaco, y los jacobitas en cofto, ó antiguo egipcio. Mas como todos los libros eclesiásticos ó profanos estaban en griego era necesario traducirlos ó aprender esta lengua, lo que hizo mas dificiles los estudios. Por esta causa despues de la conquista de los musulmanes perdemos de vista estas antiguas iglesias de Egipto, Palestina y Siria, en otros tiempos tan florecientes, de las cuales por falta de escritores no se ha podido señalar sus progresos como en los siglos precedentes. La historia de Eutiquio, patriarca de Alexandría, es una prueba de lo que he dicho. La

escribió en árabe aunque él era melquita, y se ven en élla tantas fábulas y tan poca exâctitud aun en los hechos de su tiempo, que manifiesta bastante la imperfeccion de los estudios de estos pobres cristianos. Estos decayeron notablemente aun entre los griegos ya por el comercio con los bárbaros sus vecinos, ya por la dominacion de los emperadores ignorantes y groseros como los pueblos de donde habian salido, es á saber Leon Isauriano, su hijo Copronimo y Leon el Armenio. La heregía de los iconoclastas, que estos Príncipes sostuvieron con tanto furor, venia en el fondo de una ignorancia grosera, que les hacia juzgar por idolatría el culto de las santas imágenes, y merecer las reprehensiones de los judíos y musulmanes. No consideraban que este culto estaba recibido por una tradicion inmemorial, y que la Iglesia no puede errar: que es la grande prueba de los PP. del VII Concilio.

Pero las actas de este mismo Concilio son una prueba de la decadencia de los estudios por el gran número de historias dudosas, por no decir fabulosas, y escritos sospechosos que allí se citan, los cuales muestran que los

griegos no eran mejores críticos que los latinos: lo que sin embargo no perjudica al fondo de la cuestion, pues refieren muchas pruebas auténticas del culto de las imágenes, y fundan su decision sobre la infalibilidad de la Iglesia. Otro ejemplo ilustre de la mala crítica de los griegos es la facilidad con que recibieron los escritos atribuidos á san Dionisio Areopagita. Se despreciaron en el tiempo de Justiniano, y cien años despues no se contestában á los monotelitas, que principalmente se apoyaban en este autor sobre la operacion teándrica.

La persecucion de los iconoclastas habia casi extinguido los estudios en el Imperio Griego; pero revivieron en tiempo de Basilio Macedonio por la diligencia del sábio Phocio, y continuaron debajo de Leon el filósofo, y sus sucesores. No obstante, los escritores de este tiempo son muy inferiores á los de la antigua Grecia. Su lenguage es puro, pero su estilo es compuesto y afectado, consistiendo en lugares comunes, vanas declamaciones, en una vana ostentacion de su ciencia y en reflexîones inútiles. El mas ilustre ejemplo de este mal estilo

y mas propio de mi objeto, es el de Metafraste que ha corrompido tantas vidas de santos, queriendo hacerlas mas agradables siguiendo el testimonio de Pselo su administrador.

Se vé entre los griegos como entre los latinos la pasion por las fábulas y la supersticion, una y otra hijas de la ignorancia. Por lo que toca á las fábulas me contentaré con citar la imágen milagrosa de Edesa, de la cual el emperador Constantino Porfirogeneta ha hecho una relacion muy larga. La historia Bizantina está llena de ejemplos de supersticiones muy groseras. No hay Emperador que suba ó baje del trono sin presagio ó predicciones. Siempre hay algun monge en una isla famoso por la austeridad de su vida que promete el Imperio á un gran Capitan, y el nuevo Emperador le hace obispo de una grande silla. Pero estos pretendidos profetas eran por la mayor parte impostores. Volvamos ahora al Occidente.

VIII. Clérigos cazadores y guerreros.

Otro efecto de la dominacion de los bárbaros fué el que los obispos y clérigos vinieron á ser cazadores y guerreros, como los legos, lo que sin embargo no sucedió luego; porque en

los principios los bárbaros aunque cristianos no eran admitidos al estado eclesiástico. Ademas de la ignorancia su ferocidad y liviandad naturales impedian confiarles la administracion de los Sacramentos y conducta de las almas. Pero en el séptimo siglo parece entraban ya indiferentemente en los órdenes, como se ve por los nombres de los obispos y clérigos, pues hasta este tiempo casi todos son romanos. Así no vemos sino despues de estos tiempos prohibiciones á los clérigos de llevar armas, cazar, y mantener perros y pájaros para su recreacion: porque el ejercicio violento de la caza, el aparato y expensas que trae consigo, no dicen bien con la modestia clerical, con el estudio, la oracion, el cuidado de los pobres, la instruccion de los pueblos, y la vida reglada y mortificada. (a)

El ejercicio de las armas les es aún mas estraño; sin embargo, vino á ser en alguna manera necesario á los obispos á causa de los bienes eclesiásticos, porque en este tiempo fue cuando se estableció el derecho de los feudos. Mientras duró la dominacion de

(a) Concil. Epaon. c. 4. Cabilon. II. c. 9.

las dos primeras familias de nuestros reyes, y mucho despues que sucedió la tercera, no se hacia la guerra con tropas alistadas y pagadas por el gobierno, sino por aquellos á quienes los príncipes y señores habian dado tierras con cargo del servicio. Cada uno sabia los hombres, caballos y armas que debia dar, y cuando se le mandaba estaba obligado á llevarlos: y como las iglesias poseyesen desde entonces grandes tierras, los obispos se vieron precisados á servir al Estado como los otros señores. Digo los obispos; porque todos los bienes eclesiásticos de cada diócesi eran todavía administrados en comun por su autoridad; no se habian separado sino los bienes de los monasterios. Estas porciones atribuidas á cada clérigo, que llamamos hoy beneficios, no se conocian: y lo que se llamaban entonces beneficios eran ó feudos dados á legos ó el usufructo de algun fondo de la iglesia concedido á un clérigo por recompensa ú de otra forma con el cargo de reversion á la masa comun despues de su muerte.

Los obispos tenian sus vasallos obligados á servir á su órden por los